



Capítulo 12

Homenaje a Anna Maccagno

I Simposio sobre la escultura peruana del siglo XX



Facultad de Arte de la Pontificia Universidad Católica del Perú
Fondo Editorial 2003

Primera edición: enero de 2003

*Homenaje a Anna Maccagno.
I Simposio sobre la escultura peruana del siglo XX*

Copyright © 2003 por el Fondo Editorial de la
Pontificia Universidad Católica del Perú
Plaza Francia 1164, Lima I
Teléfono: 330-7410 / 330-7411
Telefax: 330-7405
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Diseño gráfico: Fondo Editorial de la PUCP
Impresión: Tarea Asociación Gráfica Educativa

Derechos reservados, prohibida la reproducción de
este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal: 150105-2003-0258
ISBN: 9972-42-524-X

Impreso en el Perú - Printed in Peru

Anna, mi maestra

16/11/2001

Es conmovedor verla. Un pequeño hombre desnudo sale de las sábanas inmaculadas. Su pelo ha sido tirado hacia atrás. Su mano, un poco hinchada como siempre descansa encima de la frazada. Una parte de ella que no ha cambiado. Sus ojos están medio abiertos y tiene dificultades para respirar detrás de una pequeña máscara.

La llamo por su nombre, le digo que soy Lika, cuánto la quiero y le canto una pequeña canción. Ella, milagro, recobra vida y se abre hacia mí sin palabras. Es algo que crece de su corazón a través de sus ojos que cobran un halo y me doy cuenta que ésta es la esencia de Anna, que así es como siempre se ha encontrado con nosotros sus alumnos, conmigo. Completamente abierta hacia la otra persona y ahora veo con asombro que esta esencia está intacta. De todas las otras facultades nada se ha quedado, su mente lúcida, sus palabra de sabiduría, las sonrisas, las risas, su entusiasmo, su identificación con el trabajo de una, todo eso se fue, menos lo que dio a todo eso su calidad y belleza. Mi corazón salta. A pesar de mi pena por ella, estoy feliz de estar con ella. Mismo. Ahora estar con ella significa un enriquecimiento. Acaricio suavemente su pelo y la beso en la mejilla. Anna, que dio tanta luz a mi vida y hasta ahora en sus últimos días en una lucha atroz ella sigue evocando eso. Más allá del estado miserable de su cuerpo que sufre, ella expresa esta entrega abriendo su cara hacia mí.

La enfermera me dice suavemente que tengo que salir ahora. Salgo con una gran tristeza y llena de gratitud por este último y duradero regalo.

20/11/2001

Anna ha fallecido

Estudiar con Anna fue una delicia. El primer día, viniendo desde Bogotá con mis dibujos, el Profe Winternitz expresaba su duda de dejarme entrar en primer año a mitad del año académico. Anna fue tajante. No seamos chauvinistas decía ella. Me llevó al patio de escultura y nos hicimos amigas de por vida. Anna fue un ser excepcional. Nunca me había encontrado con una mujer tan abierta. Fue una maestra con una amplitud única hacia sus estudiantes. Aceptaba a cada uno de nosotros por igual. Su interés principal fue conectarnos con nuestro caudal creativo y una vez encaminados fomentar seguridad en nosotros mismos. Mediante ejercicios básicos como La Manta —para tener una idea del volumen—, movimientos en yeso, el estudio de las propiedades de distintos materiales nos adiestraba la mano y la sensibilidad, siempre exigiendo una interpretación personal. Yo me escapaba de los estudios en piedra y ella no me obligaba. Me dejaba experimentar con el fierro y la soldadura, totalmente cómplice de mi búsqueda por un idioma propio. Me enseñó a forjar. Tenía 28 años cuando entré en la escuela y sentí que tenía que alcanzar tiempo perdido. Anna respetaba esto y también respetaba a los alumnos más jóvenes que tenían una actitud menos seria y cuando yo criticaba ella decía: están en otro momento. Ella acogía a todos. También a los pintores como por ejemplo Solrac Pozzi-Escot, que era mi gran amigo en la escuela. Qué grande tenía que ser ella para siempre, con un interés auténtico, recibir nuestra preocupaciones que podrían ocupar temas muy distintos. Desde el arte hasta los problemas sociales en el Perú, sobre los cuales ella tenía ideas muy claras y justas. Hasta los problemas personales encontraban un consejo sabio de ella. Una parte considerable de nuestra educación tuvo lugar en las cafeterías. Primero en la de la avenida Arequipa, luego en el Fundo Pando, donde Artes Plásticas se abrió paso en medio de extensos campos de coles. No había horarios en aquellos tiempos. Uno podía trabajar sábados, domingos, vacaciones. Anna siempre estaba.

A mitad del tercer año, cuando todos ya habían hecho sus estudios en piedra ella me sugirió que sería bueno que yo también, por una vez, trabajara una piedra. Tanto quieres al Perú me decía y su expresión máxima es la piedra. Lo hice y ella fue un testigo emocionado de mi encuentro con la magia de la piedra. Cambió nuestro diálogo. Entraban indagaciones sobre lo espiritual, lo cósmico, el misterio de la creación y de la necesidad de crear. Ahí es que ella contrató al Maestro Arias —Don Juan—, un tallador de piedra para enseñarnos la talla de la piedra. En este homenaje a Anna hay que mencionar a Don Juan por el respeto y cariño mutuo que llegaron a tener. Don Juan tiene ahora 92 años y cada vez que lo veo habla de ella; cómo instalaba su escultura de San Francisco mandándole a pasear porque se puso demasiado nerviosa. Don Juan era un genio que resolvía cualquier problema de traslado, instalación, fragilidad en la piedra. Él me enseñó el desbaste y las leyes básicas de la talla en directo. Tanto Anna como yo quedábamos fascinadas con su manera de hablar

sobre la piedra, como un ser con alma, un ente animado, lo que confirmaba la experiencia que había tenido en mi primer trabajo con la piedra.

Había encontrado mi camino. Ya no tenía sentido quedarme en la escuela y, al principio de 1972, con gran dificultad y máxima disciplina salí de la escuela y alquilé un pequeño taller en Barranco, donde me quedé 6 semanas paralizada por no tener el diálogo con mi gran amiga y maestra. Recién ella me visitó allí cuando había empezado a trabajar.

Ella me enseñó que la belleza es un atributo del espíritu, que el arte hace visible a lo invisible y que es el don del artista sondear una fuente creativa, que es más grande que una. Me enseñó el respeto al oficio, la magia del arte en el espacio que es la escultura. De paso ella nos hizo ser gente mejor simplemente con su ejemplo. Ella odiaba la hipocresía y la cucufatería. Era una mujer sabia, amplia y sumamente generosa. Ahora que ella ya no está entre nosotros, la veo como luminosidad pura y en mi meditación la evoco diariamente.

Ella está fuera de la controversia en la cual el arte se encuentra hoy en día. Por un lado el arte oficial que casi podría llamarse arte de curadores ya que son ellos que lo dirigen e inspiran. Un arte eminentemente racional, crítico del sistema y muchas veces cínico que casi siempre se pueda explicar de la a hasta la zy así se hace en extensas teorías.

Por el otro lado el arte de oficio que ha sido declarado muerto por los mismos teóricos y que sigue vivo mientras los artistas siguen tallando, pintando y dibujando, buscando cada uno una expresión contundente de su relación con el mundo, con la tierra que habitamos y con la dimensión espiritual tan inherente al arte y que está cobrando vigencia otra vez.

Para honrar la enseñanza de mi maestra Anna Maccagno terminaré con una cita del libro de Van James «Espíritu y Arte», p. 236:

«Joseph Beuys declaraba que 'cada uno es artista' y cualquiera sea el intento de definirlo, el arte tiene la característica inherente de demostrar la condición humana, expresando y diagnosticando lo que está presente como la realidad humana, y al mismo tiempo influenciando y trabajando sobre esta condición. El arte cura y proporciona otras motivaciones en la vida interior del alma, donde trabaja en la formación futura de la humanidad. 'La base de la creación artística no es lo que es, sino lo que puede ser, no es lo real, sino lo posible'. (Goethe)

El arte es realmente uno de los dones más grandes de la humanidad, porque construye y forma a la humanidad. Es una fuerza moral, para bien y para mal. Es una apertura a través de la cual lo espiritual gana acceso y se hace visible en el mundo material y físico. Crea goce y placer, tanto como *catharsis* y *metamorphosis*. Espíritu y arte son inseparables, así como las imágenes que vemos en la historia del arte son inseparables del desarrollo humano. El arte literalmente nos da un testimonio de una consciencia en evolución, imágenes de la transformación de la humanidad.»